

1

Lo que fue, eso mismo será; lo que se hizo, eso mismo se hará: ¡no hay nada nuevo bajo el sol!

ECLESIASTÉS 1, 9

Trescientos noventa millones de años después de que sus antepasados lejanos huyeran del mar, dos humanos volvieron a él en busca de un misterio aún más antiguo. Sus cuerpos mutados no podían tolerar ya el océano, por lo que viajarían en una burbuja de titanio repleta de propulsores y luces, perforada con portillos y una escotilla, honrada con el nombre de *Omega*, pintado en la popa con letras de imprenta.

Devon Lucas estaba de pie sobre la escotilla, como corresponde al piloto durante la maniobra de botar el submarino. Dejaba descansar una mano en un perno del tamaño de un puño mientras se protegía con la otra de los destellos que se reflejaban desde el barco de investigación científica *Aurora*, de sesenta metros de eslora. Por debajo del pelo rojo y corto, sus rasgados ojos verdes no perdían de vista el cable de acero que estaba descolgando al sumergible de investigación, como si fuese una araña metálica, sobre el azul luminoso de las aguas del Pacífico Sur, tan claras que no parecían tener sustancia suficiente para sostener varias toneladas de metal.

Sin embargo, lo lograron.

Tan pronto como el casco amarillo besó el agua, Devon soltó el gancho de acero de su enorme presilla junto a la torreta, se dejó caer por la única escotilla y tiró de ella para cerrarla. Se le ta-

ponaron los oídos y, como de costumbre, hizo una mueca ante el repentino contraste entre el aire fresco y salado y el olor a sudor rancio, plástico y ozono.

La cabina era redonda y estaba repleta de equipos e indicadores. Devon apoyó un pie en una caja de conexiones cerrada con cinta adhesiva negra y se dejó caer en el asiento izquierdo, rozándose los hombros con el científico que iba a ser su pasajero.

Era un hombre alto y podría decirse que delgado, incluso algo demacrado. Tenía el pelo corto del color gris del hierro, y la piel pálida. Había embarcado dos días antes, en la escala de reabastecimiento que hicieron en Pago Pago; desde aquel momento apenas se lo había visto fuera de su laboratorio. Devon sabía que era doctor en geoquímica de la Universidad de Princeton y que se llamaba Henry Winston. El nombre le sonaba de algo, pero eso no significaba gran cosa; llevaba a cientos de científicos al año hasta el suelo oceánico en su submarino, y la mayoría charlaban sin descanso y dejaban caer nombres igual que una tormenta del Pacífico Sur deja caer gotas de lluvia.

Unas cuantas olas procedentes de Australia mecieron al pequeño submarino y lo llevaron al tipo de bamboleo en espiral que se había ganado el sobrenombre de «Vomitador», Devon observó cómo su pasajero tragaba saliva y se aferraba con más fuerza al asiento, con los nudillos blancos debido a la tensión. Al no tener interés alguno en volver a ver los huevos pasados por agua que habían servido una hora antes en el barco, la piloto inició el último repaso al submarino. Lo había hecho mil veces antes, pero no por ello fue menos cuidadosa en esta ocasión que la primera vez. Barrió con los dedos el instrumental que se extendía desde el suelo al techo y de izquierda a derecha mientras murmuraba las palabras que tenía memorizadas: baterías, oxígeno, separadores, propulsores, sistema hidráulico, extintores.

La imagen de la mandíbula del doctor Winston vista desde cierto ángulo, y también la forma en que su mano estaba a punto de quedarse sin riego de tanto apretar, hizo emerger un recuerdo extraviado.

—¿No bajamos a la dorsal mesoatlántica juntos? ¿Hace dos o tres años?

—Cuatro. No sabía si te acordarías.

Devon leyó el siguiente apunte en su lista y a continuación se revolvió en su asiento, con los dedos apoyados en el interruptor que activaba el autodiagnóstico para los circuitos del brazo robótico.

—Por lo visto no eres un hombre de palabra —dijo con sequedad.

—¿Qué?

—La última vez, ¿no juraste que jamás volverías a sumergirte?

Él asintió con aire pesaroso.

—La última vez fue horrible. Horrible de verdad.

Devon no pudo evitar preguntarse qué era lo que lo había traído de vuelta a un submarino. Mucha gente consideraba incómodos o incluso opresivos los confines claustrofóbicos de un diminuto sumergible en las profundidades marinas, pero pocos lo hallaban intolerable; Henry Winston era uno de esos pocos. Su regreso era tan verosímil como si alguien con miedo a las ratas se marchara de vacaciones a hacer una ruta turística por las cloacas de Calcuta.

—Esto debe de ser importante —conjeturó ella.

—Podría decirse que sí —dijo él con cautela.

Devon aguardó, pero el geoquímico no añadió nada más, así que decidió volver a los últimos diagnósticos mientras los buceadores de seguridad pasaban ante los ojos de bucy con movimientos de nutria. Escucharon a través del teléfono acústico la autorización final de inmersión y ella confirmó la recepción con dos clics rápidos en el transmisor. A continuación llevó a cabo su última tarea antes de hundir el submarino: se llevó un dedo a los labios y acto seguido lo presionó contra la fotografía que estaba pegada con cinta adhesiva debajo del profundímetro de repuesto, depositando así un beso sobre Alice y Bonnie, de ocho y seis años, y prometiendo silenciosamente a Alice que mamá

tendría cuidado, como la niña le pedía antes de cada inmersión. Solo entonces se volvió hacia el pasajero.

—Quizá deberías despedir a tu agente de viajes —ironizó.

Henry estaba observando unos pocos peces a rayas que, suspendidos entre lanzas de luz azul, se hundían en la penumbra violeta, donde parecían moverse unas formas poco definidas. Efectuó una inspiración profunda y metódica, que revelaba que la había practicado mucho.

—No puedo despedirlo —dijo suavemente—. Después de esto necesitaré un viaje a Estocolmo.

La mano de Devon se detuvo justo a punto de alcanzar la palanca del lastre, que iba a enviarlos hacia el fondo; su ex era un bioquímico que solía bromear con el futuro viaje que él haría a la ciudad donde se entrega el premio Nobel.

Empujó la palanca y, con un siseo burbujeante, los ojos de buey se llenaron de una espuma que enseguida se aclaró para dejar paso a un agua de color azul claro. El *Omega* se deslizó por debajo de las olas y pronto se estabilizó, mientras la luz adquiría una cualidad pura y filtrada. Henry sacó un ordenador portátil negro de un maletín de nailon.

—¿Cuánto falta para llegar? —preguntó.

La piloto hizo los cálculos mentalmente: cuatrocientos metros. Por tanto, unos treinta minutos más o menos, le dijo.

Él asintió, se sacó un papel del bolsillo de la camisa y encendió el ordenador. Sus dos dedos índices picotearon el teclado con frenesí al introducir datos de lo que Devon reconoció como las muestras de agua que tomaba el barco cada día.

Devon continuó mirándolo fijamente, entretenida. No podía dar crédito a sus ojos. Henry Winston, que antaño sufría ataques de pánico solamente con pensar en encontrarse bajo el agua, estaba en esos momentos demasiado ocupado como para darse cuenta siquiera de que el submarino se hundía, la nube de acero de su nave nodriza se reducía a la nada y el tono del agua se iba oscureciendo.

—¿No podías haber hecho eso antes? —le preguntó.

—Ya lo había hecho antes. Y ahora tengo que volver a hacerlo, con los datos de esta mañana.

—Pero nosotros también vamos a tomar muestras. —Devon señaló el plan de inmersión, preguntándose de nuevo qué tenía él en mente. Si ya era bastante extraño que quisiera volver para otra sesión de castigo subacuático, más extraño aún era lo trivial, en apariencia, de su misión.

—Hemos de tomar las muestras correctas. Todo depende de eso.

El submarino se mantenía tan firme como si estuviera recorriendo los raíles azules de luz que descendían desde la superficie. La única sensación de movimiento provenía de las partículas similares al polvo que aparecían impulsadas hacia arriba al otro lado de los ojos de buey, el avance constante del profundímetro y el cambio en el color de la luz. El casco del submarino emitió unos chirridos y gemidos débiles al ser comprimido por el mar; normalmente eran esos sonidos los que hacían perder los nervios hasta a los pasajeros más templados.

Pero a Henry parecían traerle sin cuidado, aunque en ocasiones levantaba la mirada del ordenador y ajustaba el brillo de la pantalla al oscurecerse el mar de azul pálido a violeta oscuro.

Finalmente el mar estranguló los últimos vestigios de luz y el submarino se vio invadido por el frío de las profundidades. Devon se puso su raído jersey Patagonia y Henry hizo lo propio con un modelo nuevo de la marca Gore-Tex. Ella comprobó su posición y su ritmo de descenso, hizo una llamada al barco para informar de que todo estaba en orden y fijó la vista en el negro infinito, una región que el sol jamás había iluminado. Había unos destellos diminutos en un frío tono de azul y también en verde y en púrpura; formaban constelaciones silenciosas, parpadeaban, aparecían de nuevo. Tal vez las luces fueran pequeñas y cercanas, o tal vez enormes y distantes. Henry también las estaba mirando.

—Calamares, y puede que un rape —dijo Devon usando el tono quedo que siempre le había parecido más apropiado para

las profundidades. Las luces fueron desvaneciéndose mientras el submarino bajaba siseando hacia el fondo.

Dos minutos más tarde el portátil emitió un pitido y Henry lo dejó a un lado y se estiró.

—Hola, historia —dijo con suavidad. En la pantalla había un diagrama circular que bien podría haber sido el mapa rudimentario de un pueblo antiguo, con un muro fortificado que rodeaba estructuras simples.

—¿Qué es eso? —quiso saber Devon.

—Un milagro. El milagro original. ¿No lo reconoces?

—Al principio pensaba que no, y ahora estoy segura.

—Tampoco tendrías por qué, pero la gente lleva muchísimo tiempo buscando esto. Te presento a tu antepasado. Y al mío también. El de todo el mundo. La primera vida sobre la Tierra. La primera célula. Nació en un lugar parecido a este, y es precisamente lo que vamos a encontrar. ¿No deberíamos estar ya cerca?

Devon tenía un ojo puesto en el sónar.

—En realidad...

La piloto activó toda una fila de interruptores para conectar la energía del submarino y después presionó el botón de los focos de yoduro de talio. Tres soles artificiales hicieron explosión.

Henry tragó saliva. En el fondo del mar reposaba el cruce entre un castillo de cuento de hadas y una fábrica submarina contaminante. Punzantes montículos de color naranja y negro expulsaban nubes de humo, que resplandecían con hebras rojas y amarillas. Había gran cantidad de rocas puntiagudas amontonadas caóticamente, como los restos de almenas derribadas. Las cordilleras afiladas y los cañones escarpados dibujaban cicatrices en el suelo, manchado de ocre y amarillo y negro. La piedra, deformada por las emanaciones, formaba campanas, arcos y tubos.

Los pobladores eran más extraños todavía. Los cangrejos albinos correteaban y se peleaban mientras las gambas ciegas vagaban por los valles y se reunían formando anillos alrededor de los respiraderos hidrotermales. Unos peces pálidos y extraños,

algunos sin ojos, se agazapaban en los alrededores. Había arboledas enteras de gusanos de tubo de dos metros de altura, meciéndose como el trigo agitado por el viento. Los mejillones y las almejas de sangre se aferraban a unas rocas chamuscadas, que a su vez reposaban sobre felpudos gelatinosos de bacterias que servían de alfombra al suelo marino.

—Supongo que ahora estás a punto de decirme que la vida comenzó aquí, en una fuente hidrotermal —aventuró Devon.

—Lo estoy —le respondió Henry, pero aun así no añadió nada más.

Devon esperó. Era un caso aparte entre los pilotos de submarino, no solo por ser mujer sino también por tener un doctorado en oceanografía. Los submarinos eran simples medios de transporte a juicio de casi todos los científicos, poco más que autobuses glorificados que les permitían recoger muestras para volver al trabajo de verdad: el análisis en el laboratorio. Pero Devon se había dado cuenta de que prefería la inmersión, ver lugares que ningún ojo humano había visto, a escudriñar en microscopios y trazar gráficas. Así que había hecho un cambio a media carrera. Ese cambio fue para poder tener momentos como el presente. Ante ella se encontraba un lugar que no había estado expuesto a la luz desde que se llenaron las cuencas oceánicas. El lugar estaba esperando a que lo explorasen. Y la mano que sostenía la batuta era la de Devon.

Empujó la palanca del acelerador. El casco amarillo culebreó con un zumbido eléctrico por entre dos torres de ocre y a través de una nube densa y negra que en un principio había sido un depósito de agua supercalentada en una cámara magmática mucho más abajo y que, tras apropiarse de minerales de la corteza terrestre, había hecho erupción en el suelo marino con un chorro de agua candente. Al enfriarse de golpe el agua caliente en el fondo marino, los minerales precipitaban y pintaban las profundidades de un color vivo. Los lugares como aquel habían sido descubiertos hacía menos de veinte años, y eran los que más gustaban a Devon. Eran tan extraños, tan alienígenas...

El submarino coronó la cresta de una colina baja y quedó suspendido sobre un valle en miniatura bordeado de cordilleras que escupían materia negra.

—No veo ninguna vida primigenia —dijo Devon. Había visitado fuentes termales en muchas ocasiones y, aunque era imposible acostumbrarse a aquellas criaturas extrañas, las reconocía casi todas.

—Tal vez sí —replicó Henry enigmáticamente, y a continuación señaló hacia una pequeña chimenea a estribor—. Tomemos muestras de esa, por favor.

Una vez alcanzado el lugar de investigación, eran los científicos quienes estaban al mando, mientras no sobrepasaran los límites que imponía la seguridad. Devon llevó el submarino hacia delante y puso las manos en otro par de controles para liberar el brazo mecánico de su posición plegada.

—Esta agua está a más de doscientos grados —dijo Devon.

—Y por eso nadie ha descubierto lo que hay en ella, Devon. Nadie ha mirado. Pero la respuesta a la pregunta de cómo empezó la vida está justo aquí. La teoría de la evolución mantuvo una vez que la vida comenzó con choques aleatorios en charcos primordiales de agua fresca. Pero mis cálculos indican que las condiciones no eran las adecuadas. Demasiado frío, demasiada lentitud. Aquí abajo son perfectas. La mezcla correcta de metano, amoníaco, calor y algunas trazas de catalizadores como el platino. De todos los respiraderos hidrotermales conocidos, solamente este yacimiento tiene la mezcla correcta. A partir de las muestras que he analizado mientras bajábamos puedo afirmar que necesitamos un chorro recién nacido, porque tendrá concentraciones más altas de ciertos minerales. Exactamente como en la Tierra cuando era joven. Eso nos deja con mucho campo que arar, pero en esta zona tiene que haber uno. Solamente hemos de encontrarlo.

Devon posó la mirada en lo que Henry afirmaba que era su hogar ancestral y el hogar ancestral de todo ser vivo en la Tierra. ¿Por qué no? Otros científicos, bien lo sabía ella, pensaban que

la vida se había originado en el espacio y había caído como granizo cósmico.

—Entonces, ¿no buscamos muestras de agua?

—Andamos tras lo que hay en el agua. Protobiontes. Grupos sencillos de ácidos amino y nucleicos, ligados con membranas rudimentarias de lípidos. Los ladrillos básicos de la vida, que son las proteínas, los ácidos nucleicos y las membranas, pueden autoensamblarse si se dan las condiciones apropiadas. El problema es que las condiciones apropiadas para cada uno no lo son para los demás, por lo que juntar todas las piezas es como resolver el problema de si fue antes el huevo o la gallina, solo que a tres bandas. Más complicado que la matemática china.

Devon miró con aire titubeante a través del grueso cristal. Los terrones blancos de nieve marina se arremolinaban con tanta alegría como en un cuadro de Norman Rockwell, aunque el mundo en que se hallaban fuese tan alienígena como Marte.

—¿En serio?

El científico le lanzó una mirada terca.

—En serio. No habría vuelto a descender por menos que eso.

Cuando el primer frasco de muestras estuvo almacenado en su soporte metálico, Devon los guió a otra localización, y a otra después. El brazo se estiró y llenó frasco tras frasco de las emanaciones de una fuente tras otra, mientras Henry garabateaba sus anotaciones y le susurraba datos a un grabador. Durante las siguientes horas tomaron muestras del conjunto de respiraderos hidrotermales. Finalmente Devon los colocó suspendidos a seis metros del suelo, se secó la frente con una manga de polipropileno y flexionó las muñecas para aliviar los calambres que sufría en los antebrazos. Henry miraba el soporte de los frascos con expresión consternada.

—Ninguna de estas muestras está bien del todo.

—No puedes estar seguro hasta que las revises —intentó tranquilizarlo Devon.

—Sí puedo.

La piloto miró el cronómetro.

—Aún nos queda media hora.

—Gracias a Dios. Por ahí. —Hizo un gesto brusco con el pulgar—. Piénsalo: años de terapia para poder enfrentarme a esto y ahora imagínate que no localizo a mi criaturita. Entonces, ¿qué me haría falta? Correas, electrochoque... ¡Quizá tendrían que volver a poner de moda las lobotomías! —Apuntó sus dos índices hacia las sienes y los giró sugiriendo locura.

Atravesaron dos barrancos que apenas eran más anchos que el casco del submarino e hicieron un barrido bajo un arrozal de gusanos de tubo. Devon abarcó con un gesto de la mano un conjunto de volcanes de forma perfecta, que habrían encajado como un guante en el planeta del Principito.

—¿Ninguno de esos?

—Tenemos ya muchas muestras imperfectas. Hemos de dedicar nuestro tiempo a encontrar el respiradero bueno, no a muestrear los malos.

Flotaron sobre una suave llanura ocre en la que había cientos de cangrejos grandes y blancos, que se giraron para mirar el submarino mientras alzaban sus pinzas y movían lentamente sus patas huesudas. Henry apretó la cara contra la lumbrera hasta quedar a escasos centímetros de los crustáceos.

—Se ve que tenemos admiradores. Parecen sabrosos.

—Saben a huevos podridos —dijo Devon. Al menos una vez en cada travesía, algún científico, siempre en el nombre del conocimiento, insistía en probar las criaturas del fondo del mar, que estaban imbuidas del hedor a ácido sulfhídrico de su entorno. La rivalidad entre los científicos y la tripulación era afable pero intensa, y mientras los comensales escupían en sus platos, Devon nunca podía evitar darse cuenta de que los científicos eran como bebés, ya que también insistían en metérselo todo en la boca.

El terreno se volvió más abrupto, lleno de valles interrumpidos y grietas de bordes afilados, volcanes como colmillos y cavernas que parecían tumbas, todo ello revestido de más naranja y menos negro. Devon examinó los indicadores del tablero de

mandos. La batería estaba baja pero dentro de los límites, al igual que el oxígeno; el dióxido de carbono estaba alto pero tampoco demasiado. Devon hizo virar la proa de aquí a allá, barriendo el terreno con las luces para maximizar su ángulo de visión. Eso hizo que Henry se pusiera ligeramente verde, pero él insistió en que siguiera. Acababan de llegar al final de una línea de sondeo y estaban a punto de girar cuando el científico dejó escapar un grito y saltó contra el cristal, como si intentara escapar.

—¡Ahí!

Devon siguió sus ojos y su dedo. En la base de una ladera empinada que tenían a diez metros a babor se abría la boca de una caverna. De su techo sobresalían rocas negras, afiladas como colmillos, y justo al otro lado de la entrada brotaba el diente de medio metro de una fuente hidrotermal muy joven. El submarino rotó para encararse hacia la cavidad negra.

—Demasiado peligroso, Henry.

—Venga ya. Muestréalo. Es lo bastante grande.

El *Omega* se acercó poco a poco y después se detuvo. Devon se frotó las manos contra los pantalones vaqueros para secarlas.

—Henry, sobresale por arriba. Mala cosa.

—Devon, premio Nobel. Buena cosa. Para ti y también para el programa de inmersiones. ¿Cuánto tiempo lleva aquí esta cueva? ¿Eones? ¿Qué probabilidades hay de que suceda algo justo ahora? Casi ninguna. Además, tomar una muestra nos llevará solo un momentito. —Henry gesticuló como si estuviera dirigiendo una columna de caballería—. Adelante. Además, he leído que esto es tan seguro como cruzar la calle.

—Mucha gente muere cruzando la calle —murmuró Devon.

Henry le lanzó una mirada molesta y señaló:

—Justo ahí dentro hay un respiradero hidrotermal joven, de menos de un año. Nos hemos encontrado con algunos adolescentes, pero ese de ahí es el primer bebé que hemos visto. Y un bebé es lo que necesitamos. Además, el saliente habrá concentrado las emisiones. Ahí dentro está exactamente lo que busca-

mos. Exactamente. —Dio un puñetazo contra el mamparo para dar fuerza a sus palabras.

Henry aspiró aire teatralmente por la nariz.

—¿Hueles eso?

—¿El qué? —Devon no halló ningún olor a aislamiento quemado ni a baterías perdiendo líquido ni a nada que indicara un desastre inminente.

—El éxito. El Nobel. Lo puedo oler.

El *Omega* se alzó y flotó hacia delante, con sus luces trazando surcos juguetones por toda la roca negra y untuosa que formaba el techo de la caverna. La cueva era profunda y oscura, y el saliente superior estaba tachonado de pedruscos negros. Devon se detuvo a pensar. Si la mitad de lo que afirmaba Henry era cierto, la fama favorecería su carrera y también proporcionaría al programa de inmersiones el dinero que necesitaba.

—Parece bastante quebradizo, Henry.

Él cambió de estrategia y descorchó todo su encanto.

—Solo una muestra rápida, por favor. Esto podría significarlo todo. No para mí solamente, sino para la ciencia. Hay riesgos que son inevitables, pero tú eres buena piloto, las apuestas son altas y podemos hacerlo rápido y sin problemas.

Devon fijó la vista en la boca de la cueva, imaginándose el submarino dentro de ella. El margen era estrecho, pero se las había apañado en situaciones más ajustadas que aquella. El techo no daba ninguna confianza, pero había sobrevivido a salientes peores. Sería ir contra el reglamento, pero todo el mundo sabía para qué estaban las reglas. Además, si de verdad quisiera evitar los riesgos, se podía haber hecho banquera. Tocó el micrófono con el dedo mientras pensaba si debería pedir permiso, pero terminó soltándolo. Ya sabía cuál habría sido la respuesta. No miró la fotografía de Bonnie y Alice: sabía también lo que dirían sus hijas. Pero tampoco querrían que su madre se comportase como una cobardica.

—Una muestra rápida. Y fuera. ¿Trato hecho?

Henry alzó un puño en señal de victoria.

—Trato hecho.

Los propulsores verticales hicieron que el *Omega* se colocara a menos de cinco centímetros del fondo encascotado, y entonces las palas con forma de cimitarra de la popa comenzaron a rotar. Las paredes oscuras envolvieron a la flor amarilla en un ataúd de roca negra mientras los ojos de Devon pasaban a toda velocidad de los instrumentos a los ojos de buey. Apenas movía los controles, pero mantuvo el submarino separado del fondo y alejado de las paredes y el techo. El propulsor trasero se detuvo y el *Omega* quedó en punto muerto.

—Vamos allá —dijo ella mientras ponía en marcha el brazo mecánico.

La fisura del suelo cavernoso no era más que una grieta entre los escombros, pero cada segundo liberaba casi doscientos litros entre sus dientes, creando una corriente invisible hacia arriba. El *Omega* metió el hocico en la corriente mientras el brazo mecánico se extendía. El casco amarillo se elevó, lento como un globo. Devon, que estaba concentrada en mover el brazo mecánico con una suave precisión, vio demasiado tarde el movimiento.

—No —susurró mientras echaba mano a la palanca. Antes de que pudiera hacerlos descender de nuevo, la torreta de fibra de vidrio topó con el techo de piedra.

Hubo un crujido.

—Pero ¿qué...? —empezó a decir Henry, levantando la mirada.

El techo cayó como la trampilla de un cadalso, liberando una avalancha de pedruscos que bajaron la pendiente con un gran rugido y golpearon al submarino. Volaron las botellas de agua, las grabadoras y las linternas, y Devon pensó en los muñecos para pruebas de accidente mientras se zarandeaba, retenida por sus cinturones. En tres ocasiones estuvo segura de que estaban ladeados, y en el fondo de su mente sabía que no había forma de que el casco aguantara.

Como si quisiera confirmar sus temores, sonó un estallido tremendo, pero no era más que una botella para la orina, vacía,

rompiéndose. Los fragmentos de color rosa se mantuvieron un momento en el aire antes de revolotear fuera de su vista con el siguiente impacto. Entonces el interior del submarino se volvió negro; en la oscuridad pura los sonidos parecían más fuertes.

Devon se agarró a su asiento y Henry la agarró a ella, entre chillidos casi inaudibles. La piloto esperó el chorro de agua presurizada que le cortaría la carne como un rayo láser, pero no llegó ninguna quemadura helada. Sabía que debería sentirse decepcionada, porque una muerte rápida y sangrienta era mejor que ahogarse lentamente, a oscuras, a medida que el submarino se anegara. Se preguntó cuál de los dos vencería cuando su situación se redujese a una lucha por el último aliento. O también si tendría alguna importancia, ya que, como señaló la parte científica de su cerebro, la burbuja de aire se iría calentando a medida que se redujese por efecto de la presurización, y terminaría pareciéndose más al fuego que al aire.

Se obligó a desechar aquellos pensamientos mientras los impactos sonoros cedían el paso a unos chirridos de rascadas, después a un traqueteo de piedrecillas y finalmente al silencio. El submarino quedó quieto, escorado treinta grados a estribor.

—Henry, suéltame —le dijo a la oscuridad.

Henry obedeció.

Agradeciendo en silencio los entrenamientos a ojos vendados que se les exigían a todos los pilotos, Devon tanteó en busca de los interruptores y activó la iluminación de emergencia.

—Estamos vivos —señaló Henry. Se inclinó hacia delante, comprobó que algunos de sus frascos de muestras estaban intactos y suspiró. Miró a su alrededor, comprobó que no estaban haciendo agua, cosa que Devon ya había confirmado, y dio unos golpecitos cariñosos al casco de titanio—. Un incidente sin importancia, mi fiel amigo.

Devon ya estaba accionando las palancas e interruptores del tablero de mandos. Tenía la cara pálida bajo la iluminación rosada. El motor emitió un zumbido ascendente, que enseguida descendió de nuevo.

—¿Devon?

—Cierra el pico.

Los sonidos del motor tenían un tono agudo. Cambiaron a tono grave y volvieron al agudo. Un olor eléctrico invadió la cabina. Devon manipuló una hilera de interruptores y salieron silbando unas burbujas hacia el cielo. No ocurrió nada. Dejó que el motor se calmara, esperó un momento y de nuevo lo puso a potencia máxima hasta que regresó el olor. Soltó la palanca del acelerador. Tras otro instante, abrió una tapa de seguridad para dejar una palanca roja al descubierto. Tiró de ella hasta extenderla unos treinta centímetros y entonces la empujó. Se quedó con ella en la mano.

Devon se volvió a sentar y no dijo nada.

—¿Por qué estás tan triste? Hemos sobrevivido —dijo Henry a viva voz, intentando llenar el vacío.

Ella redujo las luces e hizo funcionar el motor a un tono más agudo que antes. En la oscuridad, la manivela de control chirriaba con los tirones que le daba, y el casco vibraba. El olor se intensificó y al poco tiempo el motor traqueteó hasta quedar en silencio y se encendieron las luces de emergencia. A Devon le parecían más débiles que antes, pero sabía que era porque iban a ser las últimas luces que viera. No tenía ninguna importancia que el equipo de comunicación estuviera destrozado y no tuvieran forma de pedir ayuda.

Devon se volvió hacia Henry.

—Hemos sobrevivido —insistió él.

Devon se tomó su tiempo antes de hablar, mientras ponía una mano en el ojo de la portilla, ahora cubierto de basalto. El *Omega* había cerrado los ojos para siempre, y ellos harían lo mismo pronto.

—No, Henry, no lo hemos hecho.